

Ni mejor ni peor

■ "PARA MI, todos ellos me parecieron como monos que recién descendían de los árboles".

Este juicio lo decía una mujer culta e inteligente y se refería a los nacionales de un país latinoamericano que recién había visitado. No era esa una opinión nueva. Con una u otra variante la he escuchado más de una vez de parte no sólo de chilenos, sino de argentinos y uruguayos. Los habitantes del cono sur que tienen una fuerte inmigración europea, suelen mirar en menos a los países latinoamericanos que se extienden al norte del continente. Pero también sucede la situación inversa. Colombianos, venezolanos y ecuatorianos tienen un natural recelo y no poco desdén respecto a los países del cono sur.

El asunto no es sino la expresión de un extendido provincialismo, no sólo latinoamericano, sino mundial. Por mucho que nos burlemos del lugareño que trae a la capital sus peculiares usos y costumbres manifestando su incapacidad de adaptación, todos —quien más quien menos— caemos en el mismo pecado.

Nos cuesta comprender que en cada país y, a veces, en cada región de ellos se ha ido formando una cultura que implica valores, formas de convivencia diferentes y modos de percepción distintos. Ninguno de ellos es mejor o peor, simplemente son distintos.

La empresa internacional que puso al desnudo este vicio fue la de los Cuerpos de Paz. Durante la administración Kennedy, los Estados Unidos propiciaron la mejor voluntad e ingenuidad la venida a América latina de expedicionarios norteamericanos que llegaban a nuestros países para ayudar a nuestro desarrollo. Convencidos como estaban, de que su cultura era superior, los voluntarios del Cuerpo de Paz trataron especialmente, a nivel popular, de enseñarla y expandirla. No fueron pocos los conflictos que su idealista acción provocó y se produjeron algunos excesos que rayaron en lo increíble

como, por ejemplo, ese grupo de gringos insertados en una población popular que se empeñó en enseñar folklore chileno a los propios pobladores.

En definitiva, y como tenía que suceder, los Cuerpos de Paz fracasaron, pero fue un fracaso que dejó su lección: cada país tiene su propia forma de expresión y realización, cada uno tiene sus propios valores y su propia percepción de la realidad. Cada uno tiene, en suma, su propia cultura y no es posible ni juzgarla ni hacerla cambiar con padrones que son ajenos.

Esto, que es fácil de entender cuando somos nosotros los juzgados o los sujetos de acciones culturizantes o desarrollistas de otros países, nos resulta difícil captarlo cuando, a la vez, nosotros juzgamos. Y respecto a los países de América del Sur, continuamente lo estamos haciendo. Convencidos, como estamos, de que somos "los ingleses de Latinoamérica", desdenamos las formas de convivencia, de expresión y de costumbres que son fruto, las más de las veces, del cruzamiento de una cultura española que en nosotros no fue tan decisiva y una cultura indígena que tampoco aquí gravitó sustancialmente.

Mucho se ha lucubrado sobre la desunión que existe entre los países de Latinoamérica y la dificultad que siempre ha existido para que actúen en conjunto en el plano internacional. Creo que eso no va a ser posible sin superar ese provincianismo de cada país que lo hace suponer que sus propios valores son los mejores y tienen una desdenosa apreciación de los de sus vecinos.

En la medida que aceptemos que somos diferentes y no pretendamos juzgar por nuestra limitada óptica, se podrá producir el consenso.

Ni los chilenos somos los ingleses de este barrio, ni Bogotá es la Atenas de él, ni Venezuela la réplica morena de los gringos norteamericanos. Y ningún país, objetivamente, es mejor o peor que otros. Son, simplemente, diferentes.